

REPARTO

PERSONAJES

CESÁREA	Sra. Guerrero
IRENE	Srta. Suárez
ANITA	Sra. Roca
JOSEFINA	Srta. Bárcenas
LA GREÑUDA	» Canclo
BASTIANA	Sra. Salvador
DOÑA CONCHA	» Bueno
DOÑA SOLEDAD	» Bofill
LUISA	
ISABEL	Srta. Martínez
AGUSTINA	» Riquelme
CLARITA	» Cotera
DANIEL	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
PABLO	» Díaz de Mendoza (M.)
PACORRO	» Santiago
PEDRO	» Codina
LUIS	» Soriano Viosca.
FERNANDO	» Guerrero
DON EDUARDO	» Carsí
DON LUCAS	» Díaz.
NEMESIO	» Urquijo
EL TENIENTE FERNÁNDEZ	» Vargas
ROQUE	» Cirera
ENRIQUE	» Medrano
ANTONIO	» Juste
CARLOS	» Gayuela
SOLDADO 1.º	» Gil
IDEM 2.º	» Ortega
UN CENTINELA	» Agullar

Obreros, obreras y soldados

La escena en los talleres y dependencias de una mina

EPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

El teatro representa una habitación en una casa de obreros. El decorado será modestísimo, de pacotilla, según costumbre en las viviendas que las Compañías mineras construyen para sus trabajadores. En el centro de la habitación una mesa cuadrada de pino. En la pared del fondo, a la derecha, un reloj de pesas; a la izquierda una alacena, y entre la alacena y el reloj una ventana con vidrieras entrecruzadas por barrillas de plomo. A la derecha dos puertas: la del primer término, supone comunicar con la de la calle; la del segundo término con una alcoba. A la izquierda otras dos puertas: la del primer término comunica también con una alcoba; la del segundo con las habitaciones interiores de la casa. En todas las puertas, menos en la de entrada, primer término, habrá cortinas de lienzo rayado en blanco y azul. Las habitaciones estarán blanqueadas, sin adornos de ninguna clase en las paredes. En éstas sólo habrá algunas escarpías, de las cuales penderán chaquetones y útiles de minero. Cinco o seis sillas de las llamadas de Vitoria se repartirán por la escena convenientemente. Al levantarse el telón aparece en escena Anita, encendiendo un candil de pie, que estará encima de la mesa. Vestirá Anita traje de percal, con modestia de obrera, pero con coquetería de mujer guapa, satisfecha de serlo. Un momento después de levantarse el telón, sonarán las cuatro en el reloj de pesas.

ESCENA PRIMERA

ANITA, PABLO y PACORRO

ANITA (Luego de encender el quinqué, cuando acaba de sonar el reloj.) ¡ Hala los hombres ! Darse prisa, que la hora que suena son las cuatro.

PABLO (Dentro, segunda izquierda.) ¡Dátela tú, que estoy acabando de lavarme y aun no apartaste el café de la hornilla! Padre ya despertó.

ANITA Por el café no haya cuidao. Estará listo antes que vosotros. ¡Ea! ¡Alzarse, gaudules! ¿No me oyes, Pacorro? Valiente huéspedede ha tomao mi padre.

PACORRO (Dentro.) Ya voy, mujer, ya voy. (Bostezando estruendosamente. Sale Pablo por la segunda puerta izquierda. Será hombre de veintiocho a treinta años. Vestirá blusa oscura de lienzo, pantalón de la misma tela, alpargatas y gorra que llevará en la mano y dejará encima de la mesa.)

ESCENA II

ANITA y PABLO

PABLO Hola, hermana.

ANITA Buenos días sean. (Abre la alacena y saca de ella unos tazones, un azucarero, cucharas, una lata de manteca y un pan de dos libras, que se pone a partir en rebanadas anchas que deja al lado de los tazones, mientras el diálogo continúa.)

PABLO ¿Buenos? Como todos los nuestros. (A Anita, reparando en ella.) ¡Pronto te has aviado tú! ¡Ya vestida y peinada! ¡Madrugares! Y eso que tú no entras hasta las siete.

ANITA Esos dos, el huéspedede y tu hermano, me quitaron el sueño, y como de todas maneras tenía que levantarme pronto pa aviaros el café y los almuerzos, pues ahí verás tú...

PABLO (Riendo cariñosamente.) ¡Ya, ya! Antes eras más dormilona. ¡Milagrillo sea!...

ANITA ¿Qué?

PABLO Que no sea la falta de sueño, sino la sobra de cortejo la que te espabile. (Breve pausa, durante la cual Anita sigue cortando el pan a rebanadas.) Se retarda Cesárea... Otros días

ANITA nos avisa antes y con antes para que vayamos juntos a la faena, y hoy... (Interrumpiéndole.) No tengas cuidao; no tardará. (Maliciosamente.) Pa mí que si de ti sólo pendiese, no sería Cesárea mucho tiempo viuda.

PABLO (Pensativo.) ¿Lo crees?

ANITA Ella es guapa y trabajaora... Lo malo pa ti y pa tós los que la requiebran, es que sólo echa cuenta de sus hijos. Amás, está un poco... (Dando vueltas sobre la sien con uno de sus dedos.) ¡Tiene unos dichos!... En el taller la llamamos la *Apóstola*... ¡Y cómo nos reímos de ella! (Riendo.)

PABLO ¡Os reís!... Eso es lo malo; que os riáis.

ANITA ¿Pues qué vamos a hacer? ¿Llorar?

PABLO No; pensar. (Con gravedad. Su hermana le mira como sorprendida.) ¿Has llamado a Pedro? A las cinco y media ha de reunirse con su compañía, y el pueblo no está cerca.

ANITA ¡Buenos venían anoche nuestro hermano y Pacorro! ¿Les viste?

PABLO No.

ANITA Pues vinieron como dos zaques. Ya pasaba de la una. Yo los miraba por entre las cortinas de mi alcoba, y no pude tener la risa. ¡Vaya unos traspieses! (Riendo.) Veinte minutos tardaron en encender la luz. Borrachitos como uvas. ¡Así están ellos! Por más voces que les doy, no se mueven.

PABLO Vuelve a vocear; ni el uno ni el otro han nacido para dormir las borracheras a su gusto. (Anita se dirige hacia la alcoba de la derecha, y entra en ella.)

ESCENA III

PABLO, ANITA, PACORRO y PEDRO, dentro

ANITA (Dentro.) ¡Vamos!... ¡Arriba! ¡Habrá que sacudiros firme! (Voceando.)

PEDRO (Dentro, bostezando.) ¡Ya voy! No seas peji-guera.

PACORRO (Dentro.) ¡Estate quieta!... ¿No ves que tengo la mar de cosquillas?

ANITA (Dentro.) Lo que no tienes es vergüenza.

PACORRO (Dentro.) Pero tengo cosquillas; y cuando me tocan unas manos como las tuyas, ¡excusao es decirte!

ANITA (Dentro.) ¡Suelta! (Entra en escena y sigue hablando con los de dentro.) ¡Y arriba mientras preparo yo el café! (A Pablo.) Si sale padre y los encuentra a la bartola, va a tener que oír. No les dejes en paz, porque se duermen otra vez. (Anita mira si está todo bien dispuesto en la mesa, y se dirige hacia la izquierda.)

PABLO ¡Maldito Pacorro!... Siempre ha de ser el mismo. Mal chino le entornille los sesos. Borracho y gandulón como él no entra por la mina. (Vase Anita por la izquierda a tiempo que sale Pacorro de la alcoba y dice a Pablo:)

PACORRO ¡Bueno hombre, bueno! Ya estás gruñendo, y no has hecho más que levantarte. Tienes el genio más áspero que yo hoy la lengua. (Pacorro será hombre de veinticinco años y saldrá de la alcoba en mangas de camisa, con la blusa al hombro, la gorra puesta, restregándose los ojos y bostezando ruidosamente.)

ESCENA IV

PABLO y PACORRO; al final, PEDRO.

PABLO (A Pacorro.) Anda, anda y refréscate, que buena falta te hace.

PACORRO (Que se ha puesto a registrar la alacena.) De eso trato. (Saca una botella y la mira al trasluz.) Nada; ni una lágrima de aguardiente.

PABLO Bebe agua.

PACORRO ¿Agua?... Bastante hago con echármela por fuera al lavarme; y me lavo poco:

del mal el menos. ¡Lo que es aquí!... (Señalando el estómago.) No hay que hacer el cuerpo a malos vicios. Menúo jaleo s'armó anoche en el baile. Si hubieses estao pasas un rato de primera.

PABLO ¿Yo? (Con desdén.)

PACORRO Allí hubieses visto hombres libres... y mujeres... libres, tú que tanto apetece que lo seamos tós: Facas, pistolones, revólveres... ¡qué sé yo! Y las mujeres peores que los hombres. Ya se sabe. En cuanto se atizan dos vasos, tienen menos vergüenza que uno. ¡Tu hermano le pegó un trompazo al Mohino!... Rediós con los puños de Pedro. (Cogiendo una botella mediada de aguardiente, que habrá en el fondo de la alacena.) ¡Calla! Ya salió el sol. (Coge una media copa, la llena y se la bebe.) Este es otro cantar. (Chasqueando la lengua.) Pues como te decía... (Sale Anita por la segunda izquierda y entra por la segunda derecha.)

PABLO ¿Quieres ir a lavarte? ¡Después llega uno tarde y todo son regaños!

PACORRO Eso sí; pa los regaños son rumbosos. ¡Si lo fueran pa los jornales!... Y los capataces, vamos, los obreros que por tener la mujer guapa o la lengua adulona, hacen los amos capataces, entoavía gruñen más que los amos. No hay cosa más mala que los piojos resucitaos; ya lo dice el refrán... Ea, voy a lavarme. (Pacorro hace ademán de dejar la media copa y la botella en la alacena: luego de meditar un segundo, se dirige con ellas en la mano hacia la izquierda a tiempo que sale Pedro de la alcoba de la derecha en mangas de camisa, con pantalón encarnado de uniforme, el ros enfundado puesto y un capote con galones de sargento. También lleva al hombro el sable y correa. Calzará polainas sueltas sobre el tobillo y alpargatas de reglamento. Tendrá Pedro de veintitrés a veinticuatro años y usará bigote retorcido.)

PEDRO (A Pacorro.) Contigo no hacen falta dianas. Cuando no roncas, gritas.
PACORRO (A Pablo.) ¡Pobretico Pedro! ¡No ha podido pegar los ojos!
PEDRO Hombre, anoche no es cuenta. Ni a tiros me despertaba yo. (Vase Pacorro por la segunda izquierda.) ¡Vaya un estrupicio, muchacho!... Menos mal que hubo arreglo. Si no, calabozo tenía para un mes. (A Pablo.)

ESCENA V

PABLO, PEDRO y al final CESÁREA

PABLO ¿A qué vino la riña?
PEDRO Culpa de los paisanos. Se toman muchas libertades. Creen que son iguales a uno. (Con aire de importancia y retorciéndose el bigote.)
PABLO ¿No lo son?
PEDRO ¡Qué van a serlo!... Ya notaron la diferencia anoche. ¡Paisanitos a mí! Pregúntale al Mohino a lo que sabe el puñetazo de un sargento. ¡Iguales! Pon a todos esos mineros con sus pistolones y sus facas frente a cuatro números y un cabo, y verás canela.
PABLO Minero fuiste antes que soldado.
PEDRO Pero dejé de serlo. Ni quería sufrir esta vida, ni estar con los que cuando les dan un estacazo bajan la cabeza.
PABLO Ahora estás con los otros, con los que cuando queremos alzar la cabeza, nos la hacen bajar a tiros.
PEDRO (Confuso.) Yo... (Entra Cesárea por la primera puerta derecha, sin ser vista por los otros dos, y escucha la conversación que entre ellos sigue. Cesárea será mujer de veintiocho años y vestirá humilde traje de obrera. Llevará un hatillo en la mano.)
PABLO ¿No es verdad? ¿No disparó la tropa anteayer contra los huelguistas?
PEDRO Y si nos lo mandan, ¿qué vamos a ha-

PABLO cer? ¿Crees que los oficiales y nosotros disparamos por gusto? Pero amigo, la disciplina... es la disciplina.
PABLO Entonces no nos llames esclavos, tú que lo eres de quienes por servir a los amos nuestros nos fusilan cuando pretendemos ser libres.
CESÁREA (Avanzando de la primera derecha en la que se detuvo.) Razón llevas, Pablo.
PABLO (Dirigiéndose a ella con afecto.) ¡Cesárea!

ESCENA VI

CESÁREA, PABLO y PEDRO.

CESÁREA Razón llevas. Y si no ya lo ves. Sólo al pensar que los obreros de estas minas podemos secundar la huelga de los otros mineros han reconcentrado en el lugar tro-pa. (Sale Anita por la segunda derecha y entra por la primera izquierda.)
PEDRO (Riendo.) ¡Se juntaron los dos apóstoles! Ya lo dice padre: por menos motivos hay muchos en la jaula. Al fin éste es hombre y puede perder el tiempo en políticas; ¡pero tú! ¡una mujer joven y guapa! ¡Quita allá! Detrás de una reja y platicando con un mozo, es como estarías tú bien. Y más bien si el mozo fuera yo, ¡gloria santa!
CESÁREA Déjate de requiebros; sabes que no me gustan.
PEDRO (En broma.) ¡Y menos los míos!
CESÁREA Los de nadie.
PEDRO (Señalando a Pablo.) ¡Tanto como eso!... Digo, a no ser que éste sea nadie.
PABLO Yo...
PEDRO (A Cesárea.) Más cerca ando de cuñao tuyo que de teniente. Hasta en seguida. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

CESÁREA y PABLO

- CESÁREA Ya nos hizo novios tu hermano.
PABLO ¡ Novios !
CESÁREA Si no más. A su discurrir, una mujer y un hombre que simpatizan y se apartan de la gente para hablar solos, no pueden ser otra cosa que amantes.
- PABLO Cesárea...
CESÁREA ¿ Hablo yo contigo más a gusto que con cualquiera? Tu querida soy. ¿ Hablas tú conmigo más tiempo que con las demás? Por tuya me tienes o me quieres.
- PABLO ¡ Quererte !... (Con pasión.)
CESÁREA Así piensa tu hermano.
PABLO (Con sinceridad.) En lo que hace a mí, no se engaña.
- CESÁREA (Confusa.) Pablo...
PABLO ¿ A qué mentirte? En la boca de un hombre no está bien nunca la mentira. Menos lo estaría en mi boca tratándose de ti. Te quiero y te quiero para que seas mía.
- CESÁREA Nunca me lo dijiste ; nunca pensé que me lo dijeras.
- PABLO Porque nunca vino rodada la ocasión. (Con timidez respetuosa.) Porque temía disgustarte.
- CESÁREA ¿ A qué hablar de ello entonces?
PABLO A que el corazón se me sube a los labios. A que te deseo porque eres hermosa, y te aprecio porque eres enérgica.
- CESÁREA Yo...
PABLO Sabes que no soy un obrero ignorante y rudo, como tampoco lo eres tú. He estudiado ; he aprendido, he educado mi pensar y mis pensamientos. Si estoy en la mina, de fundidor, por causa de mis ideas es. (Movimiento de interrupción en Cesárea.) No me arrepiento de ellas. Más sufriría por

hacerlas triunfar. Esas ideas me obligan a mí, a un mecánico, a trabajar como bracero. (Con amarga ironía.) Y gracias que pueda vivir : gracias que no me maten de hambre. (Con rencor.)

- CESÁREA O de un balazo como el otro.
PABLO ¿ A tu marido? ¡ Pobre Manuel ! Era un gran compañero.
- CESÁREA (Con energía.) Era un hombre que dió su vida por el bien y por la razón de los otros. En mis brazos cayó cuando lo mataron. Pedíamos pan y justicia y nos dieron balas... ¡ Infames !
- PABLO ¿ Infames?... Los que disparan contra nosotros, no : esos son instrumentos ; ni siquiera saben por qué disparan. Los otros, los de arriba, los que les obligan a disparar ; esos son los infames.
- CESÁREA ¡ Y extrañan que les tengamos odio ! Soy mujer, y todo mi corazón se vuelve rabia y toda mi sangre se hace lumbre al recordar el asesinato de los obreros. ¡ Ah, los canallas ! ¡ los canallas !... Manuel sólo tuvo tiempo de decirme : « No importa : otros hombres vendrán ; hay que seguir, seguir siempre. » (Como si soñando evocara la lucha.) Dijiste bien ; tampoco soy una obrera ruda ; también eduqué junto a Manuel mi pensar y mis sentimientos ; también es por ganar el pan de mis hijos por lo que trabajo en esta mina.
- PABLO Trabajo cruel escogiste.
CESÁREA ¿ Dónde iba a ir la viuda del agitador, del revolucionario, la que predicaba y vivía con él? ¿ Qué recurso me quedaba para no morirnos de hambre mis pequeños y yo? (Advirtiendo que Pablo la mira.) Es verdad. No soy fea ; pero tengo demasiada alma para vender el cuerpo.
- PABLO Eres buena y fuerte.
CESÁREA A la mina acudí ; a la mina, donde el trabajo es duro, donde no se pregunta a na-

die de qué lugar viene, donde apenas saben el nombre del trabajador cuando entra vivo o le sacan muerto. Aquí te encontré.

PABLO Aquí nos encontramos. Aquí supe tu desgracia y tu pena. Aquí me referiste la muerte del hombre en cuya casa te conocí modelo de mujeres y madres. Los niños y tú erais la alegría de aquella casa.

CESÁREA ¿Alegría?... Ninguna tengo ya.

PABLO (Con tristeza.) ¡Cesárea! ...

CESÁREA Tal que si el frío de Manuel muerto se me hubiera entrado en la sangre, vivo hoy. Fuera de mis hijos, no existo más que para la venganza y el odio.

PABLO ¡El odio!... ¡La venganza! ¡Fuera tan hermoso vivir para la justicia, para la bondad!

CESÁREA También pensaba yo eso: también le decía a Manuel que a fuerza de bondad y de amor los hombres llegarían a ser hermanos. Todo este creer vino a tierra en aquella matanza. (Como evocando la escena en un sueño de odio.) ¿Sabes? Nos obligaban a vivir en casas construidas por ellos, y nos obligaban a comprar en tiendas que eran suyas también. Para aprovechar el terreno, nos regateaban el aire; para aumentar sus ganancias, nos envenenaban la comida; como hacen aquí, vamos. ¿Es justo lo que hacen aquí? ¿Lo era aquello? No. Los obreros pidieron ser libres para vivir donde les agradara, para comer lo que les gustase. ¿Qué pretensión, eh? Pues les contestaron que no; y vino la huelga; y pasaron los días, y el hambre se metió en nuestras casas, y los patronos encontraron infelices que nos fueran a substituir. Los hambrientos quisieron impedirlo; y todos, hombres, niños, mujeres, viejos, llegamos a las fábricas. No llevábamos armas; llevábamos hambre y

dolor. Los otros, los contratados, quisieron entrar, protegidos por la tropa. Nosotros nos pusimos delante de las puertas para que no entrasen. Entonces, no se quién, una voz gritó: «¡Fuego!»; sonó algo así como un trueno; una nube de humo cubrió el aire y cayeron hombres, mujeres, viejos, niños. Manuel cayó con ellos. Yo le sostuve entre mis brazos. Una mujer y un niño agonizaban junto a mí. Entonces, entre aquella sangre, junto a Manuel muerto; frente a la madre y niño que agonizaban espantosamente, la mujer dulce que en mí había desaparecido; la venganza y el odio echaron raíces en mi alma. Sólo de venganzas y de odios viviré hasta que la justicia triunfe. ¿Y tú vienes a pedirme querer de amor?

PABLO Sí.

CESÁREA No. Yo debo querer a todos los míos por igual y consagrarme a la causa de ellos, completa, sin robarles tanto así de mi voluntad y de mi energía. Hay que seguir siempre, ¡siempre!... Estas palabras son el testamento de Manuel. Eso dijo al morir. Eso haré.

PABLO ¡Sí; seguir siempre! ¿Crees que flaqueo? ¿Crees que valgo menos que él? ¿Crees que, como él, no arrostraría el martirio y la muerte por defender a mis hermanos? Somos ya muchos los obreros conscientes resueltos a que la verdad triunfe. Ellos no lo ven; no lo quieren ver. Están ciegos. Puede que cuando abran los ojos, sea tarde para el abrazo.

CESÁREA También el odio abraza. Y para odiar a nuestros enemigos, la mina es un gran libro. ¡Pobres gentes las de la mina! Más que humanas criaturas, son bestias. ¡Bestias! ¡No importa! Día llegará en que el hambre arañe los estómagos y en que los hambrientos se cuenten. Cuando se cuen-

ten serán libres. Por que sean libres lucharé aquí como en todas partes. ¿Que los mineros me llaman *Apóstola* y se burlan de mí? Nada le hace. ¿Que los amos me despiden? A otro sitio iré. Hay que seguir siempre. ¡Siempre! (Con actitud de convencida y de iluminada.)

PABLO Siempre seguiré yo. (Acercándose a Cesárea con amor.) Pero déjame seguir contigo. ¿Nos ha reunido la casualidad? Prosigamos juntos la lucha.

CESÁREA Juntos si la suerte nos hace estarlo: separados si ella nos separa. ¿Qué más da?

PABLO Pueden llegar y llegarán horas de prueba. En tales horas el hombre necesita, para no ser cobarde, el cariño de la mujer; la mujer, para no ser débil, el cariño del hombre.

CESÁREA Yo no soy débil y estoy sola.

PABLO ¿Por qué no nos hemos de unir? ¿Por qué no has de ser tú mía y yo tuyo? (Con temor y pasión.) ¿Es que no te inspiró simpatías como hombre?

CESÁREA No es eso, no. También yo soy franca; Tampoco sé ni quiero mentir. Ningún hombre, después de Manuel, ha valido para mí lo que tú.

PABLO Entonces...

CESÁREA Entonces... (Con energía.) Me debo a mis hijos y a la memoria del que murió.

PABLO ¿Tus hijos? ¿No me juzgas capaz de quererlos? ¿El que murió? ¿En qué ofendes, en qué ofenderías su memoria queriéndome? El ha muerto; nosotros vivimos. La vida no se para en los cementerios.

CESÁREA Pablo... (Confusa.)

PABLO No se ofende queriéndote como yo te quiero; compañera en todo y para todo. Desde tu llegada a la mina, te me entraste en el corazón. Quizá el pensar los dos lo mismo, el desear los dos lo mismo para

todos los nuestros, me ha hecho desearte para mí. No sé... sólo sé que la vida no es sólo justicia, es amor. Quiero la justicia, pero necesito el amor también; el mirar de tus ojos y la dicha de sujetarte entre mis brazos. (Pablo ha ido avanzando hacia Cesárea: ésta retrocede entre avergonzada y confusa.)

CESÁREA Cállate, Pablo, cállate.

PABLO ¿Es que no sientes como yo? ¿Es que tus ojos me engañan al mirarme? No los bajes; mírame como hace un segundo y responde. ¿Es que no me quieres? ¡Dime que sí, Cesárea! ¡Dímelo! ¡Y si no quiere decírmelo tu boca, que me lo digan estos hermosísimos ojos tuyos! (Pablo casi toca a Cesárea, que muestra en su actitud profunda emoción. Cuando termina de hablar, coge Pablo entre las suyas las manos de Cesárea. Hay una breve pausa que los actores interpretarán según su inspiración. Por fin Cesárea se desase de Pablo, reponiéndose por un esfuerzo violento de su voluntad.)

CESÁREA No, Pablo. Aun sintiendo todo lo que dices, no debo ser tuya.

PABLO ¿No?

CESÁREA ¡Ser de otro! ¡Tener a otro hombre estos brazos que han tenido a Manuel ensangrentado, muerto, muerto por defender la felicidad de nuestros hermanos! ¡Dar otro padre a los hijos del mártir!... No, Pablo; déjame; sigamos siendo lo que somos.

PABLO (Con amargura.) Hasta que otro hombre llegue y seas de ese hombre.

CESÁREA (Con grandeza.) ¿Cómo voy a ser de otro hombre, cuando no me atrevo a ser tuya?

PABLO ¡Cesárea!... (Con pasión y esperanza. Momentos antes entran por la segunda puerta izquierda Pacorro y Pedro, ya vestidos completamente.)

PACORRO (Alto a Pedro, por Cesárea y Pablo.) ¿Eh?... ¡Míalos apóstoles! No es mal evangelio el que predicán.

- CESÁREA (Bajo a Pablo.) ¿Oyes? Igual que éste hablarían todos.
PABLO (Con arrogancia.) ¿Y qué?
CESÁREA Que muchas veces para ganar en estimación hay que perder en dicha.

ESCENA VIII

CESÁREA, PABLO, PEDRO, PACORRO y al final ANITA

- PABLO (Con dureza a Pacorro.) No creo que te importe mucho nuestra conversación.
PACORRO ¿A ver si por una broma te enfurruñas?
PEDRO Después de todo, ¿qué? Si os gustáis, al avío. Así como así la mujer y el hombre no hemos nacido pa otra cosa. (A Cesárea.) Tú serás todo lo apóstola que quieras, pero tienes dos ojos que echan fuego y un cuerpo de ole con ole y viva usted. Como no andase aquel galán por medio, pa este sargentito eras tú. (Viendo que Cesárea hace un gesto desdefioso.) No pongas mala cara, broma es. (Entra Anita por la segunda derecha con una cafetera en la mano.)
PACORRO (Acercándose a Anita.) Ojalá me dieran bromas a mí con esta real moza. ¡Ay, Anita! (Anita le rechaza de un empujón.)

ESCENA IX

CESÁREA, ANITA, PABLO, PEDRO y PACORRO

- ANITA (Riendo.) ¡Anda de ahí! Vete a buscar mozas al baile.
PACORRO ¿Mozas? No había una.
PEDRO ¿Eh?
PACORRO Mujeres no faltaban y no me hubiera sido difícil arreglarme con ellas. Pero es mal negocio. Beben mucho.
CESÁREA Vaya un defecto para ti.

- PACORRO El mayor. No me gusta partir el vino. El pan, bueno. Es mi idea: el pan como hermanos; el vino como tigres. Cuando me case, sólo habrá en mi domicilio un borracho: yo.
ANITA Apaños veniais anoche.
PEDRO En algo hay que pasar el rato.
PACORRO ¡A ver! Si después de trabajar como un negro seis días, no pudiera uno emborracharse un día como un blanco, sería cosa de echarse al horno de la fundición, pa concluir antes y con antes. Hay que divertirse. ¿No se pué hacer a lo rico, bebiendo buenos vinos y llevándose mujeres bien vestías? Se hace a lo pobre, bebiendo peleón y abrazando zaparrastrosas. ¡Ay, quién fuera don Luis, el hijo de nuestro amo! Guapo, joven y con dinero. ¡Ese ya tié ande escoger!
PEDRO ¡Calcula!... En la mina hay doscientas obreras... (Anita, que ha seguido el diálogo con la cafetera apoyada en la mesa, después de servir el azúcar, al oír el nombre de Luis, hace un movimiento y procura disimular su turbación, sirviendo el café en las zonas.)
PACORRO ¡A ver! (A Cesárea.) Y no es a ti a la que peor mira.
CESÁREA Lós mirares pierde. Bastante hago con darle mi trabajo. ¡Si pensarán todas como yo! (Con intención disimulada y acercándose a Anita.) Pero muchas no piensan. Porque el hijo del patrono es guapo y buen mozo, y las puede obsequiar, se dejan pretender. Después, cuando el hombre se cansa, la moza a la calle y otra al puesto. Tonta es quien les escucha... ¿No es verdad, Anita?
ANITA (Bajando los ojos y disimulando.) Verdá será cuando tú lo dices. (Mirando hacia la segunda izquierda.) Padre. (Entra Daniel por la segunda puerta izquierda. Será hombre de cincuenta y cinco años, maltratado por los trabajos de la mina, pero aún

robusto y musculoso. La piel estará, no curtida, tostada por el fuego de los hornos de la fundición, con ese color rojizo, propio al cutis de los fundidores. Los párpados de sus ojos estarán también enrojecidos, como abrasados por la llama. Vestirá blusa y pantalones de lienzo obscuro. Tendrá el pelo blanco, cerrándose sobre una frente estrecha y terca.)

ESCENA X

Dichos y DANIEL

DANIEL Dios nos los dé buenos. (A Cesárea.) Siempre madrugas más que naide. ¿Y los chicos?

CESÁREA Durmiendo. Al cuidado de la vecina.
DANIEL Tiempo les quea pa levantarse trempano y agarrarse al espetón o al pico. ¡Hala! sentarse y a tomar el café, que son las cuatro y media, y de aquí a la mina hay un rato. (Daniel coge una silla y se sienta junto a la mesa, delante de una de las tazas. Los demás hacen lo mismo, incluso Anita, que ha terminado de servir el café. Sólo Cesárea permanece en pie.)

PABLO ¿No nos acompañas, Cesárea?
CESÁREA Gracias. Lo hice ya.

DANIEL (A Cesárea.) A tu gusto. (A Anita.) Has cargao la mano en la manteca. (Mojando una sopa en el tazón.) Bien hiciste. Cuando se puen echar lujos se echan. La quincena pasá, fué superior. A más de los jornales, horas extraordinarias, que se pagan doble. Más se trabaja; pero, qué demonio, más se cobra. Si fuera así toas las quincenas, no deberíamos en la tienda tanto.

CESÁREA No será esta lo mismo.

DANIEL (Sorprendido.) ¿No?

PABLO Parece que, desde hoy, rebajan los jornales.

DANIEL (Sorprendido.) ¿Rebajar los jornales? ¿Y por qué? No hay motivo. Eso serán cuentos.

PACORRO Algo oi yo anoche en el baile. Me parece... vamos, lo hablaban junto a mi dos o tres mineros. Yo los escuchaba; pero otros dos o tres me convidaron a unos vasos, y me largué con ellos.

PEDRO Y con la Irene.

ANITA (Que ha concluido de tomar el café.) ¡Valiente piltrafa!

PACORRO Cuando hay hambre tó el pan es blando.

ANITA (Levantándose.) Voy a empaquetar los almuerzos. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

Dichos, menos ANITA

DANIEL (Pensativo.) ¡Rebajar los jornales!

PEDRO Anita a arreglar los almuerzos; yo, al pueblo. La cosa anda revuelta en las otras minas y quizá tengamos que reforzar la gente. Ayer hubo tiros. Por el teniente Fernández lo supe. ¡Es un mozo más campechano! Lo que le decía al teniente Gómiz: «Sentiré que nos toque andar en el ajo. Preferiría quedarme mudo a mandar hacer fuego». Una gran persona el teniente Fernández. Pues, sí: hubo tiros... ¡Claro! Se empeñan en no dejar que trabajen los que vienen a substituirlos, en hacer el bruto, y nosotros a lo que estamos; a mantener el orden.

CESÁREA ¡El orden!... ¡Qué sabes tú, infeliz!

PEDRO Más infelices sois vosotros que os agarráis como unas lapas a la mina. Mira si la dejé yo pronto. ¿El atillo? Carguen con él las bestias. Yo no llevo cargas.

PABLO Al hombro llevas el fusil.

PEDRO ¡No va diferencia! Cierito que algún trompis me costó aprender el ejercicio; pero como sabía de letra, me hicieron cabo y después sargento. A la presente

vengan penas. Ni me faltan mozas que requebrar, ni una peseta en el bolsillo, ni tres galones en la bocamanga. ¡Vaya la mina al diablo! (Apretándose el cinturón.) Que darse con Dios. Padre, hasta más ver. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XII

Dichos, menos PEDRO

DANIEL ¡Qué majo está con su uniforme! ¡Y qué bien marchao es! Gozo da mirarle. Acaba de irse y ya estoy deseando que vuelva.

PABLO (Bajo a Cesárea.) Acaso cuando le volvamos a ver sea frente a nosotros.

CESÁREA Acaso. (Mientras dura este aparte, Daniel saca la petaca y lia y enciende un cigarro. Pacorro se aparta a un extremo de la mesa, saca de entre la blusa la botella de aguardiente y la media copa y la llena y la apura, operación que repite tres o cuatro veces durante el diálogo que sigue.)

DANIEL (A Cesárea.) ¿Oíste que iban a rebajar los jornales?

CESÁREA Sí, señor; lo mismo que en las otras minas.

PABLO Que miren lo que hacen. Lo que pasa en las otras minas pasará en ésta.

PACORRO (Apurando la copa.) ¡Olé!... ¡Viva la huelga!

DANIEL ¿La huelga? ¡Valiente burrá está la huelga!...

PABLO ¡Padre!...

DANIEL ¿Qué sucede en las otras minas? Que están muertos de hambre, y con la tropa fusil en mano por si se desmandan. ¿Qué nos pasó a nosotros en la huelga de hace seis años? Que tuvimos que volver a la mina con las orejas gachas. Tu madre reventó; tu hermanillo, como el pecho de la madre por mor de la necesidad no escurrió leche, también reventó. Entonces no esta-

bas en la mina. Aun no te había dao por las prédicas, y te ganabas un jornal de mecánico. ¡La huelga! Dos muertos, y la panza al trote: eso saqué yo de la huelga.

PACORRO Porque hubo traidores. (Llenándose la copa.)

DANIEL Porque no había pan. Pero, ¿de veras van a rebajar los jornales? Con los de ahora mal que bien se tira. Si los rebajan lo vamos a pasar perramente.

PABLO ¿Usted se aguantaría?

DANIEL ¿Qué remedio? Mejor es agonizar que morir. ¡Rebajar los jornales! (A Cesárea.) ¿A quién se lo has oído tú?

CESÁREA A una capataza.

PABLO A un empleado del escritorio se lo oí yo anoche en el café.

PACORRO Yo a dos curdas del baile, y a la Irene, que por más señas, también estaba curda.

DANIEL ¡Rebajar los jornales! No; no lo harán.

CESÁREA Lo harán. Lo han hecho con los obreros de las otras minas, y nosotros en vez de ayudarles, les dejamos defenderse solos. Ven que no hay unión y se aprovechan.

DANIEL ¿Ayudarles? ¿Pa qué?

PABLO Para ser más fuertes.

PACORRO Y pa mover más ruido.

DANIEL Pa ser más a sufrir y a recibir leña. Dejarse de ayúas. Ca uno con su carga. Cuando no tengo caldo en la olla, ningún minero me lo trae. Mi olla cuida yo. Que los demás cuiden la suya.

CESÁREA Y por eso, porque cada uno cuida su olla, sin pensar en la ajena, hacen con nosotros lo que hacen.

PACORRO (Riendo.) Ya salió la *Apóstola*.

DANIEL Que se deje en el bolsillo los sermones. Es de nuestro pan de lo que se trata, y el estómago no se alimenta con retrónicas; se le alimenta con esto. (Cogiendo un pedazo de pan y golpeando con él en la mesa.) Esto, si bajan los jornales, andará por las nubes...

- ¡Dios de Dios! ¡Rebajar los jornales! Polvo haría a quien lo pensó.
- PABLO ¿Usted? ¿Y cuando se trata de pelear por los derechos del trabajador se encoge usted de hombros?
- DANIEL Porque tó eso son mojigangas, pamplinas, viento que sus han metido en el caletre. Dende que andáis en estos belenes, marchamos peor. ¿Qué os habéis figurao? ¿Que vais a componer el mundo?... Siempre hubo pobres y hubo ricos. Siempre los habrá. Los más trabajamos pa los menos. Así está hecho el mundo, y no lo desharéis la *Apóstola* y tú con descursos. A vosotros sí os desharán cualquier día los sesos. (A Cesárea.) Tú podías escarmenatar, porque tuviste el ejemplo, cerca, en tu propio marío.
- CESÁREA ¡Si todos fueran como aquél!
- DANIEL Paparruchas, créemelo. Pa trabajar nacimos. Trabajó mi padre y el padre de mi padre, y trabajo yo y trabajáis vosotros, y trabajarán vuestros hijos; y los amos seguirán siendo amos, que esa es la ley. Yo de la razón no me aparto. En la mina nací y en la mina quiero morirme. Y vamos, que cuando estoy frente del horno, con la barra en la mano, revolviendo la pasta y echando por cá pelo una gota de suor como el puño, no me cambiaría por naide. Me gusta pelear con el fuego, y el día que no me tuesto la piel, no aliento ancho. Si me cambiasen de horno o de mina, me parecería que yo ya no era yo. Hace cuarenta años ¡cuarenta que tengo el mismo amo y el mismo horno!... ¡Ahora que de eso a rebajar los jornales!... Sería demasiao.
- PABLO Nunca para usted. Usted cree que el amo tiene derecho a todo.
- DANIEL Mientras pague...
- PABLO Eso es; mientras pague, a todo, incluso a

- golpearnos y a esclavizarnos y a deshonrarnos si 'le viene en gusto, ¿verdad?
- (Con indignación.)
- DANIEL Poco a poco, rapaz. De esclavitud y deshonra no hablamos. No nos entenderíamos. Tú llamas cosas de honra y de esclavitud a una porción de cosas que me han tenío sin cuidao siempre. Tocante a los golpes, entoavía no ha tocao denguno este cuerpo o el vuestro sin llevarse su merecío. ¿Pero qué tienen que ver la honra y la esclavitud y los puñetazos con lo que hablamos hoy? Hoy hablamos del pan que va a escasearnos como rebajen los jornales. Ahí tiés lo que me importa a mí.
- PABLO Si usted lo aguanta, no todos seremos como usted. Haremos lo que tenga que hacerse.
- DANIEL ¿La huelga, eh?
- CESÁREA ¿Por qué no?
- DANIEL La huelga, pa que reventemos como tu hermanillo y tu madre.
- CESÁREA Dos cachos de usted que cayeron, sin que quien los mató se llevara su merecido.
- DANIEL Porque los mató el hambre, y el hambre no es una persona.
- PABLO Los que nos llevan al hambre lo son.
- DANIEL ¿Vuelves a las tuyas? Como te va tan bien con ellas, pues echar plantas. De mecánico pasaste a fundidor; puede que de fundidor pases a pobre de pedir. Ascender es; ¿verdá, tú, Pacorro? (Pacorro llena la copa.) ¿Qué haces?
- PACORRO Aquí con la botella, mientras se pelean ustedes. Yo no sé de dotrinas, pero como me quiten los perros que necesito pa el aguardiente, voy a la huelga. ¡Anda si voy! ¡Qué a la huelga!... ¡A la revolución social!
- DANIEL (Riendo; a Pacorro.) ¡Poca lacha! (A Pablo.) Por tu bien lo hablo. Y basta de plática y

a la mina, que están al caer las cinco.

¡Anita! (Llamando.)

ANITA (Dentro.) ¿Qué?

DANIEL ¿Está eso aviao?

ANITA En seguida. (Dentro.)

(Daniel se levanta, descuelga de un clavo una chaqueta y una gorra o sombrero ancho y se los pone; luego coge de un rincón, en el que habrá tres hatillos, uno de éstos, y se pone a arreglarlo. Pablo y Pacorro hacen lo mismo que Daniel. Pacorro, antes de hacerlo, apura la copa. Pablo se aproxima con su hatillo a primer término donde está Cesárea.)

CESÁREA (A Pablo, bajo.) ¿Irás por el bien de todos donde sea preciso?

PABLO Iré.

DANIEL (Por un hatillo.) Listo.

PACORRO ¡Upa! (Cogiendo el hatillo y echándose al hombro, lo mismo que Pablo y Daniel.)

ANITA Aquí están los almuerzos. (Anita ha entrado por la segunda puerta izquierda con tres medias botellas de vino y tres paquetes envueltos en periódicos, que irá entregando a paquete y media botella a cada uno de los tres hombres, los cuales los guardarán en los bolsillos de sus chaquetones.)

DANIEL (Por los paquetes.) Guardarlos y al avío. ¿Estamos?

PABLO Sí.

DANIEL Pues andando. A la mina. A trabajar. (Los tres hombres se dirigen hacia la puerta primera de la derecha en fila, uno detrás de otro lentamente, con los hatillos cagados a la espalda y las cabezas bajas.)

PACORRO (Mirando por las vidrieras al salir.) ¡Qué oscuro está y que frío debe hacer en la calle!

DANIEL En la fundición hay luz y lumbre. Al trabajo. (Salen todos en la forma indicada. Pacorro el último. Antes de salir se detiene, coge la botella, la escurre en la copa y apura ésta. Cesárea, que le sigue, vuelve desde la puerta y se dirige hacia la ventana donde está Anita mirando a la calle.)

ESCENA XIII

CESÁREA y ANITA

CESÁREA (A Anita, cariñosamente.) Anita, haces mal.

ANITA ¿Yo, en qué?

CESÁREA En dar oídos a don Luis.

ANITA ¿Qué dices? (Aparentando sorpresa y procurando disimular su turbación.)

CESÁREA Que ese hombre, el hijo del amo de la mina, sólo a la desgracia te puede llevar con sus requiebreros.

ANITA No te entiendo.

CESÁREA Piénsalo bien. Ojalá lleguen con tiempo mis palabras. Yo te quiero mucho. (Con afectuosa seriedad.) Vale más ser compañera de un obrero pobre, que querida de un amo rico. Adiós. (Cesárea sale por la primera puerta derecha y Anita queda con la cabeza baja vuelta de espaldas a la ventana. Breve pausa, durante la cual el reloj de pared da cinco campanadas.)

ESCENA XIV

ANITA, luego LUIS, PACORRO, DANIEL, y obreros dentro, como en la calle

(Se escuchan en la calle golpes como de quien llama a las puertas. Estos golpes serán intermitentes, espaciados y lentos, precediendo siempre a la voz que resuena en la calle. También, y de tiempo en tiempo, se oirán sonar las cinco en varios relojes, una vez en cada uno y más o menos distintas, sin graduación fija; algo que dé al público la idea del despertar del barrio obrero que marcha al trabajo. Las voces sonarán cada vez más distantes y más apagadas, lo mismo que los golpes.)

DANIEL (En la calle.) ¡Antonio!... ¡Las cinco! ¡A trabajar!

(Se oye ruido de pasos que se alejan. Anita abre la ventana y mira por ella.)

ANITA Ya doblaron la esquina.

PACORRO (Dentro.) ¡ Julián ! ¡ A trabajar ! (Más lejos, como si golpease otra ventana o puerta. Anita se ha retirado de la ventana y queda a la izquierda vuelta de espalda a aquella como pensativa. Por la ventana entra Luis, que será hombre de veinticinco años, vestido a lo señor.)

LUIS (Bajo.) ¡ Qué pesados !...

ANITA (Volviéndose.) ¡ Luis ! (Confusa.)

LUIS Creí que no iban a irse nunca. (Dirigiéndose hacia Anita y reparando en la confusión de ésta.) ¿ Qué tienes ?

UNA VOZ (Dentro. Muy lejos, mientras suenan las cinco también muy lejanas en un reloj.) ¡ La hora ! ¡ A trabajar !

OTRA VOZ (Más lejana aún.) ¡ A trabajar !

ANITA (A Luis.) ¿ Oyes ? (Con angustia.)

LUIS (Con indiferencia.) Lo de todos los días. (Con sensual apasionamiento, y rodeando con sus brazos el talle de Anita.) Vamos. Ven acá. ¡ No me niegues esa cara, mujer ! (Mientras va cayendo el telón se oyen dentro cinco campanadas de torre, lejanas; y muy lejanas también, voces de: ¡ A trabajar ! ¡ A trabajar !...)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Decoración a todo foro. El primer término lo ocuparán un patinillo encaperuzado con cinc. En este patinillo y distribuidos con desorden habrá montones de mineral plomo en bruto. A la derecha del patinillo, que dejará por delante un espacio de escenario libre, una puerta grande de dos hojas; otra de igual forma y disposición a la izquierda. Estarán abiertas hacia dentro las dos. La puerta de la derecha supone comunicar con el taller donde las mujeres trabajan. La de la izquierda con otras dependencias que conducen al exterior.

El segundo término no tendrá puerta, será a todo espacio y estará constituido por la fundición. En el fondo de este segundo término, y a derecha e izquierda también, se verán los hornos fundidores encendidos y en plena cocción de mineral.

Estos hornos serán cuadrados, anchos, de ladrillo, con grandes bocas a las que sirven de portezuelas anchas placas de hierro. Las placas estarán unas abiertas y otras cerradas, al comenzar la escena, en los diversos hornos.

En la parte baja de los hornos se verá el boquete desahogadero por donde se hacen las sangrías.

Desde el fondo, y perdiéndose en el ángulo de él, dos vías estrechas que avanzan sobre el patinillo. Por una de las vías se deslizarán de tiempo en tiempo vagonetas llenas de lingotes y empujadas por mujeres; por la otra vía, vagonetas cargadas de mineral en bruto, que van empujadas por mujeres también. Estas vías pueden estar pintadas sobre el suelo.

Procúrese dar al público la impresión exacta de una fundición en tarea; el espectáculo de uno de esos infiernos mineros donde los trabajadores se asfixian y se tuestan durante largas horas.

Al dar principio la representación, la fundición estará, como se ha dicho, trabajando.